

ESCUELA DE LA CRUZ

A Jesús, la cruz no le llegó por casualidad, ni por mala suerte, ni porque no había otro remedio... Fue el final de un camino. Hablamos de la Pasión de Jesús y la situamos en unos días, unas horas... Pero Pasión, en Jesús, fue toda su vida. Toda su vida apasionado por el Reino: una historia de brazos abiertos que culminó en una cruz.

Para nosotros, 2000 años después, la cruz se convierte en una escuela. Escuela de discípulos donde aprendemos a “poner del revés” todas las cosas: perder para ganar, servir para valer, salir para entrar.

(Los jóvenes colocan en un lugar visible tres carteles, mientras un lector lee la Palabra y otro la reflexión. A cada reflexión le siguen unos minutos de silencio).

Perder para ganar:

“El que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe” (Mc 9, 42).

Mi vida pasa necesariamente por la relación con otros, mis padres, mis hermanos, mis amigos, mis vecinos, mis compañeros, mis jefes, mis profesores... Y en esos nudos de relaciones, encuentro grandes satisfacciones y también inevitables dificultades. Escuela de la cruz que me anima a renunciar a mis expectativas y preferencias, para caminar al paso del más lento, acompañar al más olvidado, escuchar al más solitario, ayudar al más necesitado, aguantar al más enfadado, amar al que no lo merece.

Servir para valer:

“...Sabéis que los que son tenidos como jefes de las naciones, las gobiernan como señores absolutos y las oprimen... El que quiera ser grande entre vosotros será esclavo de todos”.
(Mc 10, 42.44).

Oculto en nuestro interior, hay un personaje que aspira a ganar, a tener poder, a subir por encima de otros, convertirse en alguien influyente. Y en estos afanes gastamos nuestras fuerzas, salud e ingenio. Tu vida, Jesús, nos muestra un camino más sencillo: el de ser sencillamente lo que uno es y, además, ofrecerse. Esa fue tu única grandeza, tu único poder: entrar en la vida por la puerta del servicio.

Salir para entrar:

“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Mc 8, 34).

Escuela de renuncia que supone dejar de mirarme a mí mismo y volverme hacia la necesidad de los otros. Estar dispuesto a dejar mis esquemas, mis intereses, proyectos... para dejar lugar al otro, otorgarle protagonismo y ayudarle a crecer. Escuela de renuncia que también me invita a adentrarme en el misterio de tantas situaciones dolorosas, que no tienen solución, ante las que sólo es posible estar, permanecer en silencio... Salir de mí mismo para poder entrar en el mundo del otro y acompañarle de corazón.

ORAMOS JUNTOS:

Tu Vida se veía destruida,
pero Tú alcanzabas la plenitud.
Aparecías clavado como un esclavo,
pero llegabas a toda la libertad.
Habías sido reducido al silencio,
pero eras la palabra más grande del amor.

La muerte exhibía su victoria,
pero la derrotabas para todos.
El Reino parecía desangrarse contigo,
pero lo edificabas con entrega absoluta.
Creían los jefes que te habían quitado todo,
pero Tú te entregabas para la vida de todos.

Morías como un abandonado por el Padre,
pero Él te acogía en un abrazo sin distancias.
Desaparecías para siempre en el sepulcro,
pero estrenabas una presencia universal.

Aunque sea difícil de creer... tu muerte
es semilla de vida verdadera,
somos más radicalmente libres,
cuando nos abandonamos a tu proyecto.

Está más cerca nuestra plenitud
cuando vamos siendo despojados en tu misterio.
Y la alegría y la esperanza siguen siendo tu última palabra
en medio de las cruces de los justos.

Benjamín González Buelta s.j.

“He aquí mi siervo, a quien yo sostengo; mi elegido en quien se complace mi alma. He puesto mi espíritu sobre él: dictará ley a las naciones. No vociferará ni alzaré el tono, y no hará oír en la calle su voz. Caña quebrada no partirá, y mecha mortecina no apagará. Lealmente hará justicia; no desmayará ni se quebrará hasta implantar en la tierra el derecho y su instrucción atenderán las islas”. (Is 42, 1-4)

